

LA IRA

Envuelto por sombras negras y grises, me esforzaba por sacar adelante un relato de terror. Tecleaba con avidez, intentando desarrollar el torrente de ideas que brotaba de mi cabeza. La luz parpadeante emitida por el monitor me provocaba lágrimas en los ojos, pobres órbitas consumidas, pero la mirada permanecía incesante, perpetua en el gesto.

El respaldo del asiento crujió cuando apoyé el cuerpo sobre su superficie. La espalda me dolía por el encorvamiento, y el cuello frustraba mis ansias creativas. Contemplé la luna de plata y el cielo oscuro, la noche en calma. La vista panorámica que proporcionaba el amplio ventanal permitió a mis ojos doloridos llenarse de vida. Ayudada por el magnánimo firmamento, la mente se refrescó y ganó vigor.

La silla giró a mi gusto hasta detenerme delante de la mesa. Estiré los brazos y el pescuezo y pensé en algo terrorífico. Volví a desplazarme en suaves círculos con las manos asidas al asiento, cavilando el siguiente pasaje angustioso de mi relato. Miré en dirección a la puerta de la habitación y probé a imaginar una criatura sepulcral observándome desde el marco. Sería una especie de muerto andante de mirada melancólica, un alma errante que vagaría de lugar en lugar en busca de redención. Sin embargo, no fue esa figura entristecida la que apareció en la entrada de mi cuarto.

Una esfera refulgente del tamaño de una gran cabeza humana se desplazó acompasadamente hasta mi posición. El globo sobrenatural levitaba a dos metros del suelo, y su trayectoria era limpia y curvilínea. Debajo del objeto se adivinaba una forma opaca y difusa que recordaba a una capa aristocrática. Del manto espectral surgieron dos manos fosforescentes que, lentamente, se posaron sobre mi cuello desnudo. Impávido, mi rostro era de hielo, y mi corazón, de escarcha.

Las garras etéreas se cerraron con fuerza. La boca abierta y los ojos brillantes, probé a encontrar vida en el rostro inhumano de mi agresor, mas sólo hallé luz. Intenté zafarme de la tortura, pero no quise. Sentía que aquello debía suceder. Me relajé sobre la silla y recé en silencio por mi salvación.

La escena se estremeció, y luego agité la cabeza. El ente misterioso había desaparecido sin dejar rastro. Miré a mi alrededor, y encontré una habitación oscura débilmente iluminada por un astro plateado. El ordenador centelleaba reclamando mi presencia, pero nadie más lo hacía. Estaba solo en mi mundo.

Apoyé los codos sobre la mesa y pensé que todo había sido un sueño, aunque cobraba fuerza la idea de haber sido transportado fugazmente a otra realidad. Parecía que la vida me había cambiado en un instante, quizá nada volvería a ser como antes. Volví la vista hacia la pantalla y leí las últimas líneas, que relataban el miedo que sentía el protagonista ante la mirada triste de un espíritu vagabundo. Sentí empatía por el muchacho, y, sorprendentemente, también me apiadé de la nostálgica criatura.

Decidí salir a la calle. Aún era de madrugada, y el sol dormía, pero necesitaba despejarme. Me planteé registrar la casa en busca de caballeros de cabezas centelleantes; no obstante, esta noche la indolencia parecía apoderarse de mí.

El cielo continuaba sombrío, aunque cada vez se filtraban más haces de luz. Las farolas intentaban cumplir su cometido e iluminaban a duras penas la travesía. Era una calle cualquiera de un barrio residencial, por lo que no faltaba ninguna seña de identidad de un lugar así: soportales, asientos, árboles, y también coches aparcados en batería para ahorrar espacio. Así las cosas, caminaba envuelto por pensamientos profundos que no

me llevaban a ningún sitio. Las manos en los bolsillos, me detuve de repente al captar sonidos no comunes. Alcé la mirada y me quedé inmóvil, rodeado de soledad.

Bajo la luz tenue de los focos, dos hombres de largos abrigos grises zarandeaban a un tercero. Se trataba de un chico bastante joven, aproximadamente de mi edad, por lo que no pude evitar sentirme identificado. Uno de los matones golpeó brutalmente al muchacho, y el otro lo recogió del suelo y lo agarró por la espalda. La paralización del chico provocó en mí el efecto contrario; dejé a un lado la inmovilidad y me escabullí entre dos coches. Senté sobre el pavimento y me dispuse a escuchar lamentos aplacados.

Horrorizado, me icé hasta la ventanilla del automóvil con ánimo de observar la desesperante escena. El hombre que había atrapado al chaval también se había ocupado de taponarle la boca con la mano; mientras, su compañero propinaba una paliza sangrienta sobre el torso del afligido, y a veces conectaba alguna patada en las desprotegidas piernas. El sufrimiento del muchacho provocaba en mí un sentimiento de ira y dolor tan hondo que sería incapaz de describir. Deseé que todo terminara lo antes posible.

Como interpretando mi súplica, el violento individuo sacó una pistola de su abrigo e indicó a su compinche que se apartara. El chico, que pugnaba por mantenerse en pie, clavó la mirada en el hombre que lo apuntaba. El arma escupió fuego silenciosamente.

Me deslicé por la puerta del coche y permanecí tumbado sobre el asfalto. Transcurrió una eternidad colmada de pensamientos confusos pero, sin duda, de una potencia visual enorme. Reviví la tortura cientos de veces, y otras tantas el asesinato. El alba se abría en el horizonte, mas yo seguía imperturbable, mirando al cielo. Quizá me quedaría aquí para siempre, contemplando el amanecer.

Había pasado ya tanto tiempo que decidí, por fin, salir de mi escondite. Me levanté con dolor en el costado y en las rodillas, y lo primero que hice fue mirar a ambos lados

de la calle para cerciorarme de que no había nadie, tan temprano que era. Con la mente en un mar de incertidumbre, me aproximé muy despacio al cadáver.

Las farolas aún refulgían, lo que otorgaba a la escena una apariencia melancólica, y también un punto de artificialidad. Me arrodillé frente al cuerpo, con cuidado de no mancharme con la sangre, aún fresca. El orificio de entrada de la bala estaba en el estómago, tal como recordaba, y la camisa mancillada retenía las consecuencias de la brutal paliza. Me coloqué sobre el difunto hasta acercar mi rostro junto al suyo, en un acto que yo no podía explicar de forma racional. Por alguna razón el muchacho me evocaba a mí mismo, y no sólo por la apariencia física, sino por algo más profundo. El rostro sin vida parecía mirarme con los ojos muy abiertos, me hacía sentir infinidad de emociones muy intensas. La escena era de una hondura casi trágica, mi cuerpo temblaba. Acaricié las facciones inanimadas y aprecié su frío, la muerte recorrió mi alma por un breve instante. Oculté la mirada ojerosa del cadáver, pero luego le volví a abrir los párpados para permitirle observar el cielo umbrío. Me levanté y contemplé al muchacho una última vez. Una vida se había esfumado delante de mí.

Paseé durante horas hasta que el día irrumpió en el firmamento. Las calles permanecían todavía desiertas, lo que me permitió retorcerme con pensamientos confusos. Decidí entrar en una cafetería en un nuevo intento de despejarme. La desidia me había hecho dejar el cadáver a su suerte, aunque también pensaba que nada podría hacer por el muchacho una vez muerto. No me sentía especialmente culpable por no haber intervenido, pero en mi interior se arremolinaban una serie de sentimientos que acabarían por ahogarme tarde o temprano.

—Un café, por favor.

Me dirigí al camarero mientras me acomodaba en un asiento de la barra. El hombre estaba de espaldas vertiendo cafés, así que intenté relajarme y abstraerme de los acontecimientos pasados. El bar se encontraba lleno de gente, por lo que el murmullo me hizo sentir más vivo.

—Un café.

Un tipo se había sentado a mi lado y también había pedido la bebida reparadora. El camarero se dio la vuelta y sirvió al cliente que acababa de llegar. Me sentí *invisible*.

—Yo lo he pedido primero. Quizá no se haya dado cuenta, pero... —Mi interlocutor volvió a girarse— ¡Oiga! Míreme. —El hombre se puso de frente otra vez, pero con la vista en otro lugar, así que repetí el ruego— Míreme.

Por fin, el camarero se volvió hacia mi posición. Me disponía a pedirle la dichosa consumición, pero me percaté de que sus orbes estaban vacíos, sin vida. Me asusté, la situación se tornaba más extraña por momentos. Una voz sonó justo detrás de mí.

—Un botellín de agua, por favor.

Giré sobre el asiento y me di de bruces contra el rostro de un señor de mediana edad. Sus ojos parecían escrutarme, pero en realidad miraban al camarero. Consternado, me abrí paso entre la gente y salí del bar.

El cielo me recibió con una luz radiante, digna del mejor día de verano. A mi alrededor, como si la más burda estereotipia del comportamiento humano se hubiese conjugado al mismo tiempo, los niños jugaban por las calles, las vecinas hablaban de cotilleos y los hombres limpiaban sus coches. Pero la vitalidad que me rodeaba era ajena a mí. Mi alma se descomponía por momentos, mi cabeza ardía y el cuerpo se derrumbaba. Me dejé caer al suelo sobre las rodillas, pero no sentí dolor, ni siquiera una punzada. Clamé a mis dioses en busca de cordura para luego bajar la cabeza, corazón triste. El mundo cambió de repente.

Silencio. Nada se oía. Levanté la vista para comprobar que todos se habían ido. Volvía a estar solo una vez más, pero no era una mala sensación. La mente se aclaró, y mis sentidos se relajaron. Me tumbé sobre el suelo, no tenía fuerzas, sentía una debilidad latente que sólo me permitía respirar. Agité la cabeza para darme impulso y quedé arrodillado de nuevo. Contemplé una sombra alargada que se alzaba frente a mí.

El espectro de la esfera brillante permanecía quieto bajo una bóveda celeste que comenzaba a poblarse de nubes tormentosas. La figura emitía un aura calmada y fría que me producía sosiego, una sensación ansiada desde nuestro primer encuentro. Sonreí levemente, y mi vida se me deslizó por las retinas durante segundos eternos. Me lamenté por haber llevado una existencia insulsa, pero también hallé cosas buenas que me produjeron un sentimiento de paz. Observé la silueta fantasmagórica, y comprendí que era la personificación de la ira. La sonrisa se tornó lágrima; triste y arrepentido, acepté el destino que se me había encomendado. El ente destelló y reclamó mi presencia por última vez.

FIN